

UNIVERSIDAD FASTA
ESCUELA DE HUMANIDADES

Licenciatura en Educación Religiosa

TRABAJO FINAL INTEGRADOR

PROPUESTA DE CLASE

NUÑEZ, Alejandro

Fecha de Entrega

31/03/2023

Calificación:

8 (OCHO)



TEMA

Misterio de la Redención

PROPUESTA DE CLASE

1. TEMA DE LA CLASE

Misterio de la Redención

2. DESTINATARIOS

Alumnos de un seminario de Teología: 1er año de teología, cuyas edades oscilan entre los 23 y 30 años. Los mismos corresponden a un Seminario Mayor donde se están formando los futuros sacerdotes, quienes culminan sus estudios teológicos.

3. BIBLIOGRAFÍA DEL ALUMNO

Raniero CantaleMESSA (2007), Jesucristo, el Santo de Dios, Buenos Aires: ed. Lumen.
Royo Marín, Antonio (1961), Jesucristo y la vida cristiana, Madrid: ed. BAC
Tomás de Aquino (2001), Suma de Teología, 4ª Edición, Madrid: ed. BAC

4. BIBLIOGRAFÍA DEL DOCENTE

Benedicto XVI (2007), Jesús de Nazaret, Madrid: ed. Planeta.
Biblia Comentada (1964), De la Biblioteca de Autores Cristianos, ed. católica, S. A.
Columba M. (2007), Jesucristo en sus misterios, Buenos Aires: ed. San Pablo
Fr. Dr. G. Juarez O.P (2013) modelo de estudio licenciatura en educación religiosa, Misterio de Dios y de Cristo, Mar del Plata: Universidad FASTA
Guardini, R. (1997), El Señor, Buenos Aires: ed. Lumen.
Ludwig Ott (1966), Manual de Teología dogmática, Barcelona: ed. Herder.
Olegario Gonzales C. (2001), Cristología, Madrid: ed. BAC.
Raniero CantaleMESSA (2007), Jesucristo, el Santo de Dios, Buenos Aires: ed. Lumen.
Royo Marín, Antonio. (1963), Dios y su obra, Madrid: ed. BAC
Royo Marín, Antonio (1961), Jesucristo y la vida cristiana, Madrid: ed. BAC
Tomás de Aquino (1991), El Credo comentado, 2ª Edición, Buenos Aires: Athanasius/Scholastica.
Tomás de Aquino (2001), Suma de Teología, 4ª Edición, Madrid: ed. BAC

5. RECURSOS DIDÁCTICOS

- 1) Computadora para la lectura de la Sagrada Escritura con la aplicación "Clerus" donde leeremos en algunos pasajes en hebreo, griego y latín para comparar ciertos versículos.

- 2) Fibras para el uso en pizarrón.
- 3) Ambas cruces: con la imagen de Jesucristo y otra sin, para el comienzo de la clase.

6. ESQUEMA DE LA CLASE

6.A- ACTIVIDAD DE APERTURA

Para comenzar la clase, se presentará 2 (dos) cruces: una que contenga la imagen de Cristo crucificado y la otra que no contenga la imagen, solo la cruz. Se les mostrará, de modo que todos puedan contemplarlo.

- 1) En primer lugar, que hagan un análisis comparativo sensible: que diferencias hay. Lo cual salta a la vista la misma.
- 2) En segundo lugar, que reflexionen porqué una cruz tiene a Cristo y la otra no.

Una vez que cada alumno comienza a exponer lo que considera la respuesta correcta, se irá escribiendo en el pizarrón las palabras claves que ellos van diciendo y que el docente considera adecuado para exponer su tema.

Una vez que han aportado sus conocimientos, se les expondrá que la diferencia esencial entre uno y otro está en que detrás de ambas cruces hay dos teologías distintas: una protestante y otra católica. El sentido fundamental está en la comprensión del misterio de la Redención como comprende una doctrina teológica y otra.

Ello nos abre la puerta para comenzar la exposición dogmática sobre el tema partiendo de un hecho evidente para todos nosotros, que es la inclinación al pecado, para llegar finalmente a la redención y recuperación de la gracia y victoria de Cristo sobre el pecado, el demonio y el mundo.

6.B- TEMARIO DE LA CLASE

- 1- Antecedentes históricos salvíficos:
 - 1.1 Creación del hombre: imagen y semejanza divina
 - 1.2 Caída:
 - 1.2.1 Esencia del pecado
 - 1.3 Consecuencias del pecado
 - 1.4 Promesa de salvación
- 2- Prefiguración mesiánico-salvífico: identidad y misión
 - 2.1 Títulos cristológicos
 - 2.1 Cristo – Mesías

- 2.2 El hijo del hombre
- 2.3 Siervo sufriente
- 2.2 Cristología bíblica
 - 2.2.1 Jesucristo en los sinópticos
 - 2.2.2 Jesucristo en San Pablo
 - 2.2.3 Jesucristo en la carta a los Hebreos
- 3- Soteriología cristológica
 - 3.1 Anuncios redentores
 - 3.2 Cristo Salvador: Verdadero Dios y verdadero hombre
 - 3.3 La transfiguración anticipo de la Resurrección
 - 3.4 La última cena anticipo del sacrificio
 - 3.5 Misterio de la pasión
 - 3.5.1 La cruz y el pecado: dolor y sufrimiento
 - 3.5.2 La muerte de Cristo y nuestra muerte: consecuencia del pecado.
- 4- La Resurrección y el hombre nuevo
 - 4.1 La recuperación de la Gracia por el misterio pascual
 - 4.2 La Iglesia y los sacramentos
 - 4.3 La Eucaristía
- 5- El misterio de la pasión y nuestra vida espiritual
 - 5.1 Importancia para la formación sacerdotal en el ejercicio del ministerio.

6-C ACTIVIDAD DE EVALUACIÓN

Se les pedirá que hagan una catequesis sobre el tema dado en clase, donde cada alumno debe elegir sus destinatarios: 1) niños; 2) adolescentes; 3) adultos. Conservando el contenido del tema, deberán exponer en una catequesis. Para ello, deberán hacer un breve escrito, un mapa conceptual con una actividad didáctica. Se evaluará de ellos, como futuros sacerdotes la capacidad de abajar los contenidos de acuerdo a cada situación: expresión oral, gestual, didáctica, conservación del contenido dogmático. Una vez hecho el trabajo, deberán exponer a sus mismos compañeros y el docente evaluará de acuerdo a tales criterios. La evaluación implicará:

- 1) Capacidad de manejar el contenido doctrinal sin perder su esencia.
- 2) El empeño en la preparación didáctica.

La misma será evaluada numéricamente con escala de 6 a 10

8. ANEXO: Desarrollo escrito de la teoría de la clase

Hay una realidad que es evidente para todos nosotros, y como lo evidente es indemostrable, por su misma razón de evidencia salta a la luz: “hago el mal que no quiero” (Rom 7,19-25). Así lo reconoció S. Pablo; y el mismo Aristóteles (384-322 a.C) afirma encontrar en la naturaleza humana, una naturaleza dañada. Ahora bien, desde el punto de vista filosófico, no se llega a una absoluta respuesta a tal interrogante: ¿Por qué sabiendo lo que está bien y lo que está mal, terminamos haciendo el mal? La razón última a esta pregunta lo encontramos a la luz de la razón iluminada por la fe. Es decir, que es la revelación la que echará luz sobre esta pregunta filosófico-teológica.

Si nos remitimos al Gn 1, 26-28 encontramos el relato de la creación del hombre: dos son los términos que utiliza el autor para referirse al mismo: semejanza (demut) e imagen (selem), siendo esta última como una “copia del modelo”, mientras que la primera, es más significativo, es decir, remite al arquetipo. De modo, que el hombre siendo imagen y semejanza, ahora tiene ciertas peculiaridades divinas que lo asemejan al Creador: posee inteligencia y voluntad; pero además, representa al Creador, porque éste le manda gobernar a todos los seres. Así pues, en razón de su condición racional, el hombre puede entrar en diálogo con Dios y con la mujer, siendo un ser relacional.

Más profundamente, el hombre ha sido creado en gracia, es decir, en amistad con Dios. Y aún más, los ha creado libres, como ejercicio pleno de autodeterminación frente al bien de las cosas. Pero esta bondad con la que salieron de las manos de Dios, después se manchó por el pecado. Dios les ha dicho que “no coman, porque sino morirán”. Por instigación diabólica, comieron. La desobediencia como pecado de Adán y Eva, tenía su fuente en la soberbia: seréis como dioses le dice la serpiente. La tentación de igualarse a Dios los llevó a la desobediencia que trajo consigo el pecado original originante. El hombre, en absoluta libertad ha dicho no a Dios, “no” a su ley. Así como los padres de familia les dicen que “no” a los hijos, no porque sean malos, sino porque los aman y saben que si hacen tal o cual cosa les puede pasar algo malo; así también Dios, sabía que comer del fruto iba a ser malo para ellos. Aun así, como hijos rebeldes del Padre, dicen “no” al mandato divino; que trae concomitante, la “vergüenza” por el mal cometido, porque ambos se esconden de Dios, ya no pueden presentarse delante de la majestad divina, porque ahora se encuentran sucios, manchados.

Pero el pecado trajo consecuencias al hombre: él que no ha sido creado para la muerte, ahora va a morir; él que no ha sido creado para el sufrimiento, comenzará a sufrir: la mujer va a dar a luz con dolor; el hombre, con el sudor de su frente va a llevar el pan a su casa. De modo que muerte y sufrimiento ahora son introducidos en la humanidad. Este pecado original trae además, debilitamiento de la inteligencia y voluntad: ya costará más el conocimiento de la verdad, por ende, aparece así la ignorancia en la inteligencia; mientras

que por su lado, en la voluntad hace su entrada la concupiscencia de los desórdenes. El hombre se encuentra realmente herido, después del pecado.

Es allí donde encontramos la causa al interrogante con el cual comenzábamos nuestra clase: la verdad del hombre, únicamente se comprende a la luz divina. La tendencia al mal, no es otra cosa que esa herida en la naturaleza humana; herida provocada por el pecado original. Siendo que éramos capaces de caminar bien, hechos para el Bien, ahora caminamos como ese hombre herido en la pierna: lo más natural es caminar correctamente, pero porque está lastimado, debe arrastrarse. Así también, el pecado original nos hirió. Esa inclinación al pecado está presente. Ello hace al mismo tiempo, presente al pecado personal.

Entendemos al pecado personal como lo ha definido la moral católica: *aversio ad Deo et conversio ad creaturam*, es decir, la aversión a Dios y la conversión a las creaturas. Donde el elemento material es la “conversión a las creaturas” vale decir, hacer de las creaturas un Dios, mirar lo creado y entregarse a ellos. Por otra parte, el elemento formal del pecado, es la “aversión a Dios” es decir, el alejamiento voluntario; propiamente ello se da en el pecado mortal, que rompe la relación del alma con Dios y que trae consigo la desaparición de la gracia como participación en la vida divina.

Ahora bien, como el hombre, no podía restaurar el mal que ha cometido, Dios le promete la salvación: en Gn 3,15 encontramos el anuncio de la salvación: “enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tu su calcañar”. La iniciativa de salvación es de origen divino. Es a este versículo que muchos lo han llamado “protoevangelio” porque anuncia un Mesías redentor, una lucha entre la serpiente y la mujer y la victoria del descendiente de la mujer. Ya en los primeros versículos de la Biblia encontramos, entonces, el anuncio redentor. Dios no podía, por tanto, abandonar la obra de sus manos. La imposibilidad del hombre redimirse a sí mismo y a toda la humanidad llevó a que el mismo Dios tome la iniciativa salvadora.

Ese anuncio fue el primero de varios: el nuevo Adán, como lo llamará S. Pablo, nos traerá la salvación, mientras que el primero nos trajo el pecado. Así como Eva le dio el fruto del pecado a Adán, la nueva Eva nos trae el fruto más preciado de su árbol: la Virgen nos entrega a Jesucristo como verdadera comida de salvación. Pero para que ello se realice en el tiempo, Dios fue prefigurando en el tiempo mediante determinados títulos que anunciaban la obra redentora en el Antiguo testamento:

1) Cristo o Mesías: quiere decir ungido. Jesucristo cumple la misión divina que esta palabra significa. Antiguamente, eran ungidos los reyes y sacerdotes. Mucho más en el caso del Mesías, como ungido del Señor que era al mismo tiempo, rey y sacerdote. Nuestro Señor, compendia ambas realidades.

2) Hijo del hombre: es un hombre que supera la condición humana. Su origen es celeste. Tiene poder universal y eterno (v. 14); es entronizado por Dios como Rey. Esta entronización es fundamental porque acerca a su figura la del Mesías Rey. Cuando Jesucristo se llame a sí mismo Hijo del Hombre no habrá ya dificultades para ver una indicación de su mesianismo regio. Ello hizo surgir la literatura apocalíptica con la que, a la vez que se denunciaba el resultado trágico al que lleva el pecado, se abre paso a la esperanza en una salvación futura. Una de esas esperanzas fue encarnada, precisamente, en la figura del Hijo del Hombre.

3) Siervo sufriente: esta aplicación a Cristo revela desde entrada el misterio de la redención. Aparece en la profecía de Isaías (42, 1-7). El personaje no cuadra bien con una interpretación colectiva, como si se refiriese al pueblo de Israel; tampoco a una individual. Recién en Jesucristo se revelara este misterio. Este siervo será un profeta, predestinado antes de nacer, elegido y llamado por Dios, para una misión. Su función será la predicación y enseñanza de la Ley, lo que le valdrá sufrimientos externos e internos: muerte violenta, contado entre malhechores, pero así dará vida a muchos: su misión, ofrecer su vida. Pero por su obediencia, Dios lo levantara y con él a todos lo que crean en él. El mesías esperado cumplirá una mediación trascendente que superará las barreras del tiempo y espacio, como lo vemos en el Ángel de Yahvé.

Si nos remitimos al Nuevo testamento encontramos:

En los sinópticos:

- San Marcos: Presenta al Señor como: "Cristo" e "Hijo de Dios". El primero remarca el carácter soteriológico; mientras el segundo ontológico. La confesión mesiánica (soteriológica) es clara en labios de S. Pedro: "Tu eres el Cristo" (Mc 8,29), cuyo mesianismo será paciente. La figura del Hijo del Hombre que Jesús reivindica para sí equilibrándola con el anuncio de su pasión, expresa el aspecto misterioso e inédito de su mesianismo. Por eso, solo en la cruz admitirá el Señor su condición mesiánica (Mc 14,62) admitiendo ser el Hijo del Hombre glorioso. Él es el Hijo de Dios manifestado como tal en la obediencia al Padre hasta la muerte.

- San Mateo: El título que le permite develar el misterio de Jesús es: "Hijo de David". Así presenta su aspecto ontológico: Jesucristo, Hijo de David e Hijo de Abrahán, es también Hijo de Dios". Esto explica que este Hijo de David, sea también llamado "Kyrios". Así, Mateo no quiere mostrar tanto la descendencia, sino que Jesús que es de esa descendencia, es Kyrios.

- San Lucas: le da el título de "profeta". Ya que en tiempos del Señor, Israel esperaba la venida del profeta conforme a la profecía. Así no solo la gente, sino el mismo pueblo tenía al Señor por profeta, también sus discípulos y el mismo Señor se proclamaba como tal en

una misión que llevaría a la muerte, que se debía dar en Jerusalén. Es por eso que Lucas presenta al Señor camino a Jerusalén porque es profeta, y porque ningún profeta debe morir fuera de Jerusalén. Su perspectiva es más soteriológica que ontológica.

Jesucristo en San Pablo

Esta cristología se expresa en los títulos con que S. Pablo se refiere a Jesús: “Hijo de Dios”; “Hijo” Es presentado de diversa manera: como “preexistente, crucificado, que vendrá al final de los tiempos. Expresa el camino que Jesús recorre como Mesías y salvador, desde la encarnación hasta la resurrección, cuyo origen está en Dios. Este título de “Hijo” ayuda a Pablo a explicar como nosotros podemos participar de la promesa hecha a Abrahán. A su vez, “Hijo de Dios” le sirve para centrar el misterio más hondo del salvador como Cristo y Señor en su relación con Dios. Se expresa también a través del título de “Kyrios”: así en el contexto eucarístico, kyrios, le permite mostrar que el Señor se une con su comunidad mediante la donación de su cuerpo y su sangre. Este kyrios cuyo señorío se ejercerá soberanamente en el juicio escatológico, se une completamente con cada cristiano.

Así también el “último Adán”, como hemos nombrado al principio, Cristo comparte con Adán la calificación de “hombre” y así es representante de la humanidad, tanto en su muerte como en su resurrección. Este título le permite a Pablo mostrar como Cristo es el punto crucial de las relaciones entre Dios y el género humano.

Jesucristo en la carta a los hebreos

Presenta una cristología del sacerdocio de Cristo. Se le aplica el título de “Hijo”, se lo ve más en su entronización en la gloria. Aquí se lo llama “Sumo sacerdote”, mediador entre Dios y los hombres, por ende, su sacerdocio es salvador, real y mesiánico.

Una vez comprendido al hombre creado y elevado y finalmente caído, vemos la pedagogía divina de anunciar la salvación de los hombres por medio de un enviado, que no sería otro que el mismo Hijo de Dios, en los títulos que hemos expuesto y como lo presentan, tanto en el Antiguo testamento con sus títulos, como el nuevo. Ahora pasaremos a la comprensión del cómo se realizó esta misión salvadora de Cristo.

Para poder comprender esto, nos preguntamos ¿de qué nos salva Cristo? y la respuesta es que nos salva de la muerte eterna, es decir, de la muerte del alma como efecto del pecado original. Fue tan grande el mal cometido, que el hombre por sus solas fuerzas no podía restaurar aquello que se había roto. Si el hombre perdió la Gracia, y esta es de orden sobrenatural, por ende, él no puede devolverse a sí mismo tales dones.

Esto nos abre la puerta para comprender la necesidad de la Encarnación para nuestra redención: S. Tomas en el art 1 de la cuestión 1 de la tercera parte de la Suma especula sobre el tema. Y en ella descarta todo tipo de necesidad física, moral y metafísica respecto a la Encarnación. Ahora bien, S. Tomas en el corpus, distingue entre necesidad absoluta y relativa, es decir, ad esse y ad melius esse. La encarnación no puede ser necesaria ad esse, porque implicaría una necesidad absoluta, y la Encarnación no es necesaria absolutamente aun en la hipótesis del pecado. Es decir, que existiendo el pecado, Dios no está obligado a repararlo. En cambio, sí afirmamos que la Encarnación es necesaria para la redención solo ad melius esse. Es decir, como mejor medio. Pero aun considerándola como medio, la Encarnación no es un medio, sino que tiene sentido de fin; así lo afirman las Escrituras “todo fue creado por él y para él”.

El Aquinate enumera varias razones, pero únicamente al final afirma que era necesario que Jesucristo se Encarnara para la liberar al hombre de la esclavitud del pecado, ya que ningún hombre podría hacerlo, únicamente Jesucristo en cuanto Dios y Hombre. De modo tal que la Encarnación es necesaria (ad melius esse) para liberar al hombre de la esclavitud del pecado en la que ha caído.

Entonces, Nuestro Señor, como verdadero Dios y hombre ha asumido en sí la naturaleza humana a su Persona divina haciéndose hombre en el seno de María Santísima. De modo que la obra redentora no sería ya una obra de una persona humana, sino de una Persona divina. Ambas naturalezas no se mezclan ni confunden, sino que permanecen en acto y perfecta en la hipostasis divina. El Cristós, el Kyrios realiza la misión mesiánica como verdadero Hijo de Dios, de la misma naturaleza que el Padre. De modo, que la Encarnación del Verbo Eterno del Padre, era necesaria ad melius ese para nuestra redención.

Acto salvífico, que analizaremos más adelante, pero que implicó ciertos anuncios de Cristo a los apóstoles:

□ Veamos por ejemplo, la transfiguración: allí, Él se manifiesta a Pedro, Santiago y Juan en su gloria. La teofanía divina se ha revelado a los ojos humanos: el Hijo allí presente; la voz del Padre, y las nubes, símbolo del Espíritu Santo. El Hijo se muestra como cumplimiento de las profecías y leyes, puesto que dialogaba con Moisés y Elías de lo que iba a padecer en Jerusalén. Previo a ello, anunció por primera vez su pasión para posteriormente, en la transfiguración, mostrarse glorioso. Se muestra a los apóstoles como mesías, siervo sufriente, pero que posteriormente iba a gozar de la gloria del Padre. Es decir, que primero debía pasar por el dolor de la cruz para gozar de la luz: allí se realizaría su mesianismo soteriológico. Para echar más luz al misterio, contemplemos un segundo hecho:

□ La última cena: allí Jesucristo instituye la Eucaristía anticipo de su pasión, muerte y resurrección. Dejaría su propio cuerpo y sangre, que posteriormente derramaría en el altar de la cruz.

Ello nos inserta en el misterio que estamos estudiando: misterio de la pasión. Entonces nos preguntamos ¿Por qué es tan importante la muerte de Cristo? ¿Por qué su muerte no fue igual a la de otros? Buscamos, entonces, su esencia. Y la misma se encuentra en lo que estudiamos recién: hablamos de una Persona divina, es decir, de Dios. El que sufre y muere es el mismo Dios. De modo que si el pecado es lo totalmente opuesto a Dios, Jesucristo era impecable, vale decir, no tenía ni podía pecar.

Pero, si al principio dijimos que el sufrimiento y la muerte eran consecuencias del pecado, entonces ¿Por qué Cristo sufre y muere? Justamente porque el acto redentor está en que Él asumió en sí las penas del pecado, es decir, aquello que el hombre debía pagar por sí mismo, las pagó él. Él que no debía morir ni sufrir, aceptó el dolor y el sufrimiento para reconciliar a los hombres con el Padre. El que sufría y moría, era realmente Dios: esto lo hace por vía de satisfacción y expiación, siendo esta última, una parte de la primera. Vemos así, en la expiación, el aspecto material de la redención: es decir, el sufrimiento. Mientras que lo formal está en la satisfacción, es decir, obediencia de Cristo al Padre, su caridad.

Lo propio de la redención es restituir a Dios el amor que se le negó con el pecado; en este acto redentor, la satisfacción atiende al elemento formal del pecado, que es la aversión a Dios, el rechazo absoluto. Mientras que la expiación (elemento material) esta ordenado al aspecto también material que es la conversión a las creaturas. Así la satisfacción repara la culpa con un acto de amor que se opone al odio, mientras que la expiación repara la pena con una aceptación de sufrimientos del mal moral del pecado. Allí encontramos el sentido propio de la redención.

Pero sabemos que no todo quedo allí: Cristo resucitó y nos inserta a todos en su gloria. La humanidad pecadora, ahora recupera los dones y gracias que había perdido. El hombre puede ahora volver a la amistad con Dios, ya sus penas han sido pagadas, la culpa de Adán fue clausurada por el nuevo. Se abre de este modo, la vida de la gracia a las almas redimidas y ella le es confiada a la Iglesia de Cristo: por medio de los sacramentos, como canales de la Gracia, los hombres recuperan su organismo espiritual. La puerta de ello, es el bautismo que nos inserta dentro del Cuerpo místico de Cristo, para llevarnos a la Eucaristía, donde recibimos no solo la Gracia, sino al mismo Autor de la Gracia.

Finalmente, todo esto, nos ayuda a comprender el misterio pascual con una profundidad más amplia, que lleva al alma a reconocer la Bondad de Dios y poder nutrirnos, nosotros primero, y después comunicar a las almas que Dios pondrá en nuestras manos. Allí

adquiere sentido nuestra formación sacerdotal y todos los sacramentos que ustedes el día de mañana van a realizar.